

A E
& I

La mujer que llora

Autores Españoles e Iberoamericanos

Esta novela obtuvo el Premio Azorín 2013,
concedido por el siguiente jurado:
Lola Beccaria, Manuel Cifo González, Juan Eslava Galán,
José Ferrándiz Lozano, Nativel Preciado,
Juan Bautista Roselló Tent, que actuó como presidente
del jurado, Marcela Serras Güell y María José Argudo
Poyatos, que actuó como secretaria sin voto.

La Diputación Provincial de Alicante y Editorial Planeta
convocan y organizan el Premio Azorín de Novela.
Editorial Planeta edita y comercializa la obra ganadora.

Zoé Valdés



La mujer que llora

*Premio Azorín de la Diputación
Provincial de Alicante 2013*

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal) Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización del propietario del copyright de la imagen que ilustra esta obra, manifiesta la reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones

© Zoé Valdés, 2013
© Editorial Planeta, S. A., 2013
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2013
Depósito legal: B. 6.045-2013
ISBN 978-84-08-01391-4
Composición: Foinsa Edifilm, S. L.
Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

A Dora Maar, James Lord y Ramón Unzueta, in memórium.
A Bernard Minoret y Ana D'Atri.
A Marcela Rossiter.

Camino sola por un vasto paisaje.
Hace buen tiempo. Pero no hace sol.
No hay hora.
Desde hace mucho tiempo, ningún amigo,
ningún transeúnte.
Camino sola. Hablo sola.

*Je n'ai pas été la «maitresse» de Picasso, il fut
mon «maître».*¹

DORA MAAR

Dora quería pasar a la historia sin necesidad
de palabras.

JAMES LORD

1. «Yo no fui la “querida” de Picasso, fue él mi “maestro”.»

PARTE I



LOS ARDIENTES PENSAMIENTOS

Bernard. París, 2007

Observaba desde la terraza el tránsito de los automóviles, mi mirada descendió hacia el banco del bulevar Bourdon, donde una pareja de jóvenes se besaba; probablemente el mismo banco en el que Bouvard y Pécuchet conversaron, bajo un calor de treinta y siete grados, en la novela de Gustave Flaubert. No hay nada más placentero y hechizante que deleitarse observando los besos que se dan los jóvenes en París: besos de tornillo, de pura lengua; Robert Doisneau supo retratar el beso parisino como nadie.

Me retiré de la ventana y atravesé el salón en dirección a la otra ala de la estancia. La vida de una mujer es una eterna letanía; cuando esa letanía cesa, se detiene el deseo y se inicia la temporada de los ardientes pensamientos. Entonces comienza la época en que el cuerpo se enfría, y la fiebre se apodera salvajemente de la psiquis. Esto no quiere decir que se haya terminado la vida, sólo se detiene, para volver a echar a andar violenta y estrepitosamente hacia esa nueva infancia que, adormilada, nos espera con la muerte.

Había parado de llover hacía dos horas, y una vez que salió el sol, abrí los pulmones, respiré hondo y le di la bienvenida a la primavera a través del gran ventanal que encuadra en un rectángulo cinematográfico el jardín del patio.

Bernard me estaba esperando en su casa de la calle Beaune, en Saint-Germain-des-Prés. Estrené un vestido ligero, quizá demasiado ligero. *«En avril, ne te découvre pas d'un fil»*, dice el refrán, «en abril no te quites ni un hilo», lo que significa que en este mes no hay que desabrigarse, el frío podría ser traicionero, podría regresar de golpe, y tendríamos asegurado el riesgo de caer enfermos. Pero no me apetecía ponerme un abrigo, ni tampoco un impermeable, ni siquiera una chaqueta. ¡Ay!, cuánto añoraba el verano, y debido a esa pueril añoranza opté por vestirme como si ya estuviésemos en verano y gozáramos del calor soporífero y seco de París.

La primavera, ¡por fin había llegado la primavera, tras un largo y tortuoso invierno! Atrás quedaba la nieve amontonada en las aceras, las calles enfangadas. De todos modos, cubrí mi cuerpo con un impermeable de cuero negro, un cuero fino de cordero, por si acaso.

No deseaba hacer esperar demasiado a Bernard, ésa iba a ser la segunda vez que lo vería.

Nos conocimos en diciembre, antes de las Navidades; fuimos presentados en un cine, cuando la película hacía ya algunos minutos que había empezado. Sólo pudimos intercambiar algunas frases amables en medio de la penumbra, pues no queríamos molestar al vecino de butaca. Era el estreno del film de un amigo suyo, con esa actriz que me gustaba tanto... Tengo un lapsus, no recuerdo el título de la película... Pero sí, claro que sí,

ahora sí que me viene el nombre de la actriz, Nathalie Baye. La película estaba muy bien, se trataba del primer largometraje de un nuevo realizador que había trabajado antes como guionista. Bernard también ha sido guionista, y lo sigue siendo, de grandes producciones francesas y se codea con la flor y nata parisina, conoce a *le tout Paris*, como quien dice. Fue amigo de Marie-Laure De Noailles, Leonor Fini, Dora Maar... Bernard es escritor y coautor de *Les Salons*. Es un buen escritor, pero él no lo ve así o no ha querido verlo nunca. Yo sabía que había sido amigo íntimo de James Lord, y lo conocí por medio de unos amigos cubanos, que me hablaron de él de manera breve, pero intensa. Ha sido un guionista de éxito y sigue siendo un caballero elegante, de mucha clase, educado, aunque con un ligero toque de timidez que lo engrandece aún más pero que perturba su capacidad para la comunicación, no la hace fácil para los demás.

Aquella misma noche, después del estreno, fuimos a cenar a un restaurante «de artistas y escritores», dijo, y me presentó al nieto de una gran dama parisina, una tipa de esas de alcurnia, con un nombre bien puesto, acompañado de una retahíla de apellidos, y mientras más apellidos más montañas de dinero, supongo que todo muy bien guardado en bancos suizos. También tenía cantidad de joyas y alhajas antiguas, abrigos de pieles, visones, retratos realizados por pintores de prestigio y fotos aseguradas en la página social de *Paris Match* cada semana. Toda una mecenas de intelectuales y artistas revolucionarios atribulados. En resumen, a mí nada de eso me interesaba, siempre he tenido que trabajar muy duro para ganarme los frijoles, pero actué como si me atrajera

el tema de la gran dama e hice lisonjas obsoletas a su fortuna, para no desalentar al joven, que se sintió sumamente agradecido de que yo me ocupara fingidamente de los asuntos de su abuela. El muchacho tenía los ojos azules más hermosos que yo haya visto jamás, de un azul Caribe aguado.

Aquella noche, en la que Bernard y yo hablamos por primera vez, y pudimos juzgarnos por medio de las palabras —algo muy francés—, me preguntó con insistencia qué era lo que más me gustaba de Francia y de los franceses. No recuerdo lo que respondí, una tontería, seguro, algo así como «el amor por el arte, el erotismo sagaz, la sensualidad o la pasión vertiginosa que emana la ciudad». Pero él concluyó:

—Lo que yo más valoro es la conversación. Los franceses sabemos conversar.

—Cierto —aprobé—, durante una época, los cubanos también supieron conversar. En la actualidad, todo es un soliloquio escandaloso, aburrido, una gritería escabrosa e inaguantable.

—Mi pobre dama —pronunció «*ma pauvre dame*» con una certera y aparatosa lástima—, un día todo eso acabará, se lo aseguro.

—De todos modos, también aquí, en París, la conversación es un don que se va perdiendo. En ciertos salones se sabrá conversar, no lo dudo, pero en otros escenarios los interlocutores suelen ser bastante hoscos.

Respondí con un remilgo a la francesa, es decir, con un acentuado deseo de restarle importancia a la susodicha cualidad, exquisita —por ser gala—, tan trajinada, de saber conversar. Los franceses son expertos en ningunoarte los dones, y eso mismo hice yo en aquel ins-

tante tan extrañamente incómodo clavándole mis pupilas como para desestabilizarlo.

Con ellos también he aprendido a responder empleando sus respuestas, a pagar con la misma moneda y en el mismo tono.

Fingió no haberme oído, que es otra manera sutil de responder a la francesa:

—Deberíamos ser más abiertos, me agrada la gente sociable. Los cubanos son sociables.

—Demasiado, *un peu beaucoup trop* —apunté.

Rió con una carcajada que contuvo con la servilleta que se llevó a los labios.

—Todo aquello cambiará, las secuelas de la «enfermedad» —dibujó unas comillas en el aire— durarán poco, ya lo verá, serán breves.

Quise creerlo, pero preferí cambiar de tema.

—Monsieur Minoret... —lo llamé por su apellido.

—Puede usted llamarme «Bernard».

—Bernard, deseaba conocerlo porque quiero escribir una novela sobre una persona que usted frecuentó hace mucho tiempo.

—¿Podemos tutearnos? —preguntó mientras se llevaba a la boca la copa de champán Dom Pérignon, todo burbujas doradas, todo deleite: «un gran momento literario», piropeé el champán y eso lo divirtió—. Antes pidamos la cena. ¿Te gustan las ostras?

—Desde luego. Me encantan. Probé por primera vez las ostras, el caviar y el champán cuando aún no me había exiliado definitivamente. No, no fue para nada en La Habana, los degusté en París, durante mi primera estancia, en el restaurante Jules Verne, situado, como sabe, en el primer piso de la torre Eiffel. Por supuesto que alguien

me había invitado, yo, en aquella época, no tenía dinero ni para comprar merluza, no digo ya ostras. Y cuando saboreé aquella delicia gelatinosa, viva, me dije: «Qué va, ¿qué hago yo comiendo chícharos viejos con gorgojos en Cuba?» Tenía apenas veintitrés años.

—¿*Chicharros*? —Ante la premura del camarero que esperaba la «*commande*», hice un gesto de que no se preocupara si no me entendía, pues había confundido «chícharos» con «chicharros»— ... Como entrantes, por favor, *les fines Clarettes número 6...*

Mientras Bernard se dirigía al camarero escruté atentamente su rostro.

Bernard cumplió hace rato una edad respetable, sin embargo en su cara se puede apreciar la tersura de una piel infantil. Ojos pequeños y vivos, del color de la miel, boca rosada, mejillas traslúcidas y bien cuidadas con cremas y demás cosméticos. Extiende los labios con un rictus muy parisino y pronunciaba «*oui, oui*» alargando la pronunciación en un suspiro.

Es alto, esbelto y su voz no resultaba para nada gangosa. Mientras cenábamos pronuncié el nombre de la mujer que me interesaba:

—Dora Maar, la gran artista; me gustaría saber más de esa mujer, intento escribir sobre ella, aunque sé que ella detestaba la idea de que los escritores revolvieran en su vida, no confiaba en ellos. Dijo en más de una ocasión que no quería que se escribiera nada sobre ella, ya que «sólo sería basura sensacionalista». Y añadió que «los escritores son unos traidores, porque escriben de lo que saben». Muy bueno, porque con eso quiso decir que los escritores deberían ser más imaginativos. He leído mucho, he visto obras suyas, la exposición que le ha dedi-

cado el museo Picasso y, desde luego, la novela que se escribió sobre su vida, o más bien sobre su vida con Picasso, formidable... Entre otros libros en los que es presentada como una mujer difícil...

—Ah, Dora, Dora, pequeña Dora... —Sonrió suavemente—. ¿Has leído el libro de James Lord?

—*Dora y Picasso*, claro, leyéndolo me enteré de que usted la conocía y que habían sido amigos. Hay una foto en la que aparecen resplandecientes, jóvenes, bajo el sol italiano, Dora, James Lord y usted. Dora menos joven, claro. Es una foto bastante expuesta... al sol... Luminosa, radiante.

—¿Podemos tutearnos? Creo que ya te lo he preguntado —insistió.

—Claro, perdone. Yo quería saber más acerca de ese viaje a Venecia, si comprendí bien fueron cinco días solamente, ustedes tres solos...

Interrumpió, cortante:

—Nos veremos en otra ocasión para hablar de Dora, tú y yo... También a solas... Fueron en realidad ocho días, contando el trayecto de regreso.

Entendí que prefería mantenerse discreto con respecto a sus sentimientos o sencillamente ocultarlos delante de los demás, en ese caso el joven de ojos añil.

—Me marchó de viaje pronto, pero volveré en el mes de marzo —advertí.

—Entonces, citémonos en este instante para el 2 de abril. —Volvió a llevarse la copa de Dom Pérignon a los labios, sin distraer la mirada. Sus pupilas ahora quedaban fijas en las mías.

—Muy bien, muy bien. —Saqué mi agenda, anoté—. No lo olvidaré, es el cumpleaños de mi hija.

—¿Temes olvidar la cita? —recalcó medio enfurrñado al observar que yo escribía apresuradamente en la agenda.

—No, no, le aseguro que son manías, padezco esa obsesión de anotarlo constantemente todo... —respondí, perturbada.

Tres meses y medio más tarde me dirigía en un taxi hacia la casa de Bernard, habíamos acordado que de allí iríamos a almorzar a un restaurante situado al doblar su calle.

Apreté el botón del timbre, que no sonó como un timbre clásico, se oyó el *tilín* de una campanilla; llamé dos veces, desde arriba una voz robusta me preguntó que quién andaba ahí. Anuncié mi nombre con ligera timidez, y la puerta se abrió. Subí en el antiguo ascensor. Iba pensando en un sinfín de cosas, sin ninguna relación unas con otras; recordé una canción de un trovador cubano que me hacía mucha gracia, hablaba de una niña, de un gato, de un candado echado en la reja, de ahí salté, o saltó mi recuerdo, a la noche en que fui a un restaurante con mi marido y con una tipa que yo creía entonces que era mi amiga.

Nos conocimos por medio de uno de esos mariquitas envidiosos que deshonoran a los homosexuales con sus actos mezquinos. Uno que quería devenir escritor a la fuerza, pero cuya incultura daba pavor. La mujer en seguida pretendió destacarse, trataba de hacer planes con mi marido, de trabajo, por supuesto, y, de pronto, todo lo que él y yo habíamos construido juntos no valía para nada a los ojos de Renata, así se llamaba. Según decía,

ella sí que sabía qué soluciones adoptar y, sin duda alguna, tomaría cartas en el asunto y sería ella quien resolvería la carrera de mi esposo, borraría todos *esos problemas menores* para trabajar en el cine y demás. Le haría ganar bastante dinero, afirmó convencida. «Sin dinero —dijo—, no se puede hacer cine», y eso, aunque es una verdad como un templo, no sólo me molestó, me hirió hondo. A partir de ahí, todo se volvió de pronto dinero y más dinero y proyectos filmados a su manera. En fin, nada interesante, una basura más de este mundo tan hipócrita y estúpido que sólo le hace perder tiempo a uno...

Yo, claro, me sentí culpable, queriendo, como siempre, construir una amistad donde no puede haberla. Es una mala maña irremediable en mí.

La mujer acababa de cumplir cincuenta y nueve años, no los aparentaba, además de ser todavía muy hermosa, se conservaba bien, pero «son cincuenta y nueve años, y vive arduamente los temores íntimos que eso conlleva», me dije.

Ni corto ni perezoso, quien ella cree que es su mejor amigo, o sea, su peor enemigo, me contó acerca de esos temores de la mujer que empieza a ver los años como peldaños cada vez más llanos y fáciles de bajar en ese inevitable descenso hacia el fin, que es la vejez.

Renata es una mujer que vive para el dinero, con un marido que gana sumas extraordinarias e impronunciables, sin embargo ella va muy a su aire, comprando aquí y allá, gastando, como todas las mujeres que no saben qué hacer con el dinero de los maridos. Se la pasa alardeando de riqueza, colocando a las demás mujeres, casadas o divorciadas, con o sin profesión, siempre por de-

bajo de ella, sólo porque habíamos priorizado el trabajo en lugar de dedicarnos a cazar fortunas.

En aquella conversación, la noche de la cena fatal, confesó que había pasado por todas las religiones habidas y por haber, y que, finalmente, se había decidido por la musulmana, muy a la moda: el Islam. Su marido es un jeque árabe. Allá ella.

De súbito, sin ton ni son, me preguntó si me gustaban las mujeres, porque a ella «para nada», añadió. ¿Sería porque la estaba observando con demasiada intensidad? En realidad, estudiaba su maquillaje, bastante caro, bien esparcido en un rostro como de mármol...

Sin embargo, pese a la buena posición del esposo, Renata trabajaba, o al menos eso decía, o creí entender que había trabajado, aunque ya no tanto ni tan seguido, o sea, trabajaba aún, pero poco, *periódicamente*, por temporadas; mientras, *su mejor amigo* se dedicaba a contarle a todo el mundo que su marido, jeque saudí estaba podrido en plata, más bien en oro y en petróleo, que era tan rico que daba asco y que ella no necesitaba doblar el lomo para nada. Pese a lo que se comentaba, ella aseguraba que trabajaba o, al menos, hacía el paripé. Al hablar de trabajo, su lengua trastabillaba repitiéndose vacilante. No sabía especificar muy bien en qué trabajaba, lo que ella sí afirmaba es que era de las pocas que dedicándose al diseño de interiores ganaba millones; se había vuelto millonaria trabajando sólo como decoradora. Algo que corroboraba su mejor amigo, que por lo que chismeaba, y chismea, de ella es su peor enemigo. Pero ella todavía no se ha dado cuenta; demos tiempo al tiempo.

«Los hombres son de una bobería espantosa, me aburren infinitamente», declaré sin pensarlo. Ella confesó

que odiaba a las mujeres. Y, de pronto, se puso a lloriquear sobre su suerte. No soporto a la gente que no ha sufrido lo suficiente y se echa a llorar por absurdas banalidades. Rectifico, soy injusta, depende de cómo entienda cada uno el sufrimiento. Ahora soy yo quien no soporta a ese tipo de mujeres, majaderas y quisquillosas por cualquier tontería, excesivamente desprovistas de dignidad.

Resulta totalmente cierto aquello que escribió Doris Lessing de que los hombres llegaron al mundo después que las mujeres, que son seres inferiores y que algunas de nosotras, de idiotas, somos capaces de envidiarles tal suerte e incluso intentamos imitarlos.

El ascensor se detuvo en el piso al que yo iba. En el instante de salir de él, pensé también en banalidades tales como que no había sacado el cubo de la basura al patio, que no había cosido el dobladillo de un vestido de la niña... Sí, eso me suele ocurrir, mezclo las ideas más o menos buenas con las tonterías cotidianas. «No es nada de lo que deba sentirme culpable», justifiqué.

Peores son las mujeres que enfatizan tanto su condición de género que hacen de su vagina su carnet de identidad y terminan convirtiéndola en su caja de caudales.

Un hombre de unos cuarenta años me abrió la puerta pintada de verde; aparentaba más joven, pero en la cara se le notaba que no lo era, que era cuarentón o mayor de cuarenta, y que había sufrido, no dejaba de ser un buen mozo trigueño, con un cuerpo bien formado, a base de ejercicio. No se presentó, no dio su nombre. Tampoco extendió la mano de manera afable, más bien se comportó despojado de afecto, y aunque ocurrió todo de modo muy breve, tuvo suficiente tiempo para fingir

ser muy seco y protocolar. «Un sirviente», supuse en seguida.

Sólo me pidió cortésmente que pasara al salón y me anunció que debía esperar al señor Minoret (lo nombró por el apellido). Era, sin duda, un criado de buen ver, atractivo, discreto y educado.

Yo asentí con un gesto, me deslicé al salón, el tacón se me trabó en una deteriorada alfombra que abarcaba todo en el piso por los cuatro costados, tan antiquísima como el ascensor, o más. El sofá también era de color verde, del mismo tono que el de la puerta. Las paredes iluminadas por lámparas en forma de claveles reverberaban en un dorado de un anaranjado veneciano.

Estudí el mobiliario, fino, elegante, limpio, cada utensilio mostraba la fidelidad del dueño a un recuerdo, a una época, a una persona: un dibujo de Picasso, que es un retrato de Bernard. Otro dibujo puntillista de perfil, un hombre joven desde el papel observa en dirección a una habitación sombría, de la que se propaga un fulgor verdoso pompeyano. De esa misma habitación surgió Bernard, avanzó hacia mí con pasos seguros. Altivo, refinado; hacia mí o hacia su retrato, justo a mi lado, con grandes zancadas, señaló la amarillenta cartulina enmarcada:

—Ése es mi dibujo preferido, un retrato que hizo Dora Maar, de mí —subrayó, orgulloso—. Me lo cambió por encajes, chales, sábanas, fundas, visillos, todo un paquetón de ropa blanca; a ella le encantaba ese tipo de sofisticación, la lencería blanca. Pero no perdamos tiempo y entremos de lleno en el tema. En realidad, no conocí a Dora demasiado, quizá no tan profundamente, pero mantuve una cierta amistad, brevemente cercana,

gracias a Lord. Mi verdadera amiga era Leonor Fini, entre otras mujeres inteligentísimas, bellas, y sumamente extraordinarias de la época. Pero lo poco que conocí de Dora me impactó. Sin duda alguna, era de las mujeres más brillantes que he frecuentado.

Le recordé que sólo me interesaban aquellos cinco días en Venecia («ocho contando el viaje de regreso», recalcó nuevamente), en los que ellos seguramente hablaron de innumerables temas personales, y muy íntimos. ¿Estuvo Dora verdaderamente enamorada de James Lord? ¿Y él de ella? ¿Cómo se sintió él entre ellos dos?

—Me sentía muy bien con ella. Dora fue encantadora conmigo. No pasó nada extraño entre nosotros, como no fuese un intenso halo de simpatía. En verdad, fue un viaje en el que no sucedió nada en particular. Sólo queríamos caminar, revivir James y yo la ciudad, visitar los museos, las iglesias. Dora viajaba por primera vez. Ella tenía ese sueño de visitar Venecia, y se lo cumplimos. James quiso brindarle un capricho que la acababa de toda la vida. Bueno, «acosar» es un decir... Nosotros por aquella época viajábamos en automóvil, también en tren, y ningún esfuerzo nos cansaba porque andábamos plenos de deseos, gozábamos de excelente salud, poseíamos una estupenda vitalidad. A Venecia, Dora llegó después que nosotros... Nos hospedamos en el hotel Europa y allí la esperamos. En aquellos años, James y yo ya habíamos culminado una relación más que amistosa, o sea que la relación sexual la habíamos situado en un plano menor, era casi inexistente. James me descubría de otra manera, se trastornaba con mis manías, adulaba y colmaba mis pequeñas añoranzas o anhelos. Yo redescubría a Dora y me encantaba verla como una niña, pre-

surosa por llegar a un muelle, pero en lugar de un muelle, tantos como hay, arribábamos a un museo dispuestos a adorar una escultura o a postrarnos ante un cuadro fabuloso, como ante la virgen en una ermita. Nos divertimos intensamente en aquel viaje, y nos cultivamos todavía más. Quiero decir que nosotros, James y yo, nos cultivamos, porque ella ya lo era, sin duda ya era una mujer de una gran cultura. También nosotros, pero por la edad, menos.

Volví a preguntar, mientras bebía un poco de agua del grifo que me había servido en un fino vaso de Baccarat, acerca de si Dora se mostraba habladora, si exteriorizaba fácilmente sus emociones.

—No, no demasiado. Necesitaba que la quisieran, eso sí. Era una mujer de edad mediana, madura ya, y sin embargo se comportaba como una muchacha de quince años, igual a esas jóvenes tímidas y a la vez rebeldes e intrépidas que reclaman constantemente la atención de su entorno. Yo me ocupé mucho de ella, me agradaba conversar acerca de las pequeñas cosas rutinarias de la vida; no entablábamos necesariamente conversaciones transcendentales, nada de eso. Sólo abordábamos temas simples. O ella nos contaba una y otra vez su vida con Picasso.

—¿Y James Lord?

—James fue un caballero, un *ch evalier servant*, un amante platónico. James es un hombre sumamente ocupado, deberías conocerlo, har  todo lo posible para que os conozcáis...  Nos vamos al restaurante? Me da un poco de miedo, ya sabes, que se llene al tope, y ya va siendo hora de almorzar... En París cierran las cocinas temprano.

Enfundó los brazos en un impermeable color beige.

—¿No vas algo desabrigada? —inquirió entrecerrando los ojos, dándose un aire felino.

Negué con la cabeza, silenciosa, eché una ojeada, una última panorámica en derredor.

De pronto, Bernard dio media vuelta y corrió a la habitación que a mí se me ocurrió pompeyana, revolvió en una gaveta. Mi mirada no podía abarcarlo desde donde me encontraba, pero conseguía oír sus manos trasteando entre papeles.

—¡Encontré lo que quería darte! ¡Casi lo olvido! Las páginas de mi agenda de aquel viaje, te haré fotocopias...

Escuché el chirriar del rodar de la fotocopidora, en una secuencia continua.

—No dicen mucho, nada que valga demasiado, son pocas anotaciones, y ni me acuerdo siquiera del origen de ellas, de lo que escribí y por qué.

Guardé las fotocopias en mi cartera, no sin antes echarles un vistazo.

—Las leeré con calma en mi casa, si no le molesta.

Negó enfático, haciendo un gesto además con la cabeza, señal de que no le molestaba para nada, se enrolló la bufanda al cuello, y partimos apresurados hacia el restaurante.

La marquesina del lugar también era verde, *art nouveau*, la cortina de la entrada, de pesado terciopelo esmeralda, decididamente...

—Decididamente todo es verde hoy... —musité.

—Me gusta el verde, en mi vida hay mucho verde, es mi color preferido —añadió, persuasivo y entusiasmado.

Empecé a rebuscar en mi cabeza cuál era mi color predilecto, por si acaso me lo preguntaba; pero no lo hizo. ¿El rojo, el azul, el amarillo, el ocre? ¿El dorado? Había pintado bastante con oro, en una época en que mi vida se redujo a pasar horas frente a lienzos que terminaban rebosantes de dorado y cobre... No pinté nada grandioso, todo lo contrario, pero por nada muero envenenada, eso sí.

No, no me preguntó ni siquiera cuál era mi color predilecto. Empezó a leer el menú, aunque ya se lo sabía de memoria.

Nos acomodaron en una estrecha mesita junto a la entrada, y pedimos *confit de canard*, champán, agua, una tarta de manzana con nata fresca y al final, café.

—Igual te defraudo, pero no tengo mucho que contar sobre ella, sólo conservo impresiones personales, apuntes que la memoria fija como pinceladas sueltas, y atesoró, eso sí, varias obras suyas —susurró.

—¿Fotos o pintura? —Yo me interesaba mucho más por su obra fotográfica, pues, a decir verdad, desconocía buena parte de su obra pictórica.

—Pintura. Aunque no era buena pintora. Y, claro, conservo los dibujos que me hizo a mí y un delicadísimo paisaje al óleo.

—Era la mejor fotógrafa de su tiempo. Se metió en la pintura para complacer a Picasso. Nadie ignora que fue la primera que realizó un reportaje gráfico sobre la obra de un pintor, y ese pintor fue Picasso, y el cuadro, nada más y nada menos que el *Guernica* —solté en carretilla.

—Tampoco era tan mala pintora —se limitó a rectifi-

car—. Ésa fue su cruz, se cavó su propia tumba al fotografiar el *Guernica*. Picasso jamás se lo perdonó.

—Lo sé. Se ha escrito incluso que fue la que le propuso que cambiara el sol por una bombilla, y para colmo le recalcó: «Tú no sabes pintar soles» o «no te quedan bien los soles»... Por otro lado, desde el punto de vista político, digamos la verdad... Picasso no había hecho nada, o muy poco, en contra o a favor de sus compatriotas, eso Dora no podía soportarlo, ella se lo exigió, le pidió que fuese solidario, que la historia le pasaría factura si no lo hacía... ¿Es cierto que Picasso tuvo relación con los nazis, que los recibía en su *atelier* y que les vendió obras? Sabe, según se comenta en algunos libros, Hitler lo consideró un enemigo, pero los nazis lo visitaban para mantenerlo controlado, y, quién sabe si... ¿para más?... Paul Éluard decía que...

Bernard rió a carcajadas. El sitio era pequeño, la gente nos miró. Bajé la vista y observé mis manos, entrelazadas, encima de la mesa. A veces me observo las manos como si no fueran mías, me abstraigo de ellas.

—¿Qué clase de libros lees? Te ruego que no te metas en camisa de once varas. No se acusa a Picasso de esto o de lo otro, no se habla mal de Picasso, cuidado, caquita. Picasso jamás haría una cosa semejante. Picasso, señora mía, es un dios. Los nazis censuraron la obra de Picasso, la sacaron de las galerías, pero él se vio en el compromiso de recibirlos cada vez que lo visitaron. No fue el único, como supondrás. Éluard podía decir cualquier tontería, él sí podía decir las, de hecho las dijo...

Me mordí el labio inferior, preocupada por mi desliz; presentí el mordisco de la víbora.

Enfrente, en una mesa diminuta, una mujer solitaria

fumaba, había terminado de almorzar y echaba las cenizas en los restos que quedaron en el plato. Su boca era pulposa, la nariz recta, la frente discretamente abombada. Los ojos amarillos, los ojos extrañamente llorosos y ¡de un raro color amarillo verdoso!

—Detrás de usted, Bernard, hay una mujer con las pupilas amarillas —susurré.

—Ah, ¡ojos amarillos! Iguales a los de Jacques Dutronc, el cantante y actor, el que hizo de Van Gogh en el cine, que tiene los ojos como del color de la miel dorada —pronunció Bernard sin virarse—. ¿Nos tutearemos o no? Bueno, creo que ya lo hicimos antes... —Volvió a interrogarme con la mirada.

Respondí, sin dejar de observar a la mujer de mentón redondeado, semejante al de Dora Maar, que prefería que nos tratásemos de usted. Jamás podría tutearlo, me resultaba incómodo.

Asintió encogiéndose de hombros, haciéndose el enojado.

—Di la verdad: ¿por qué te interesa tanto Dora Maar? —preguntó mientras rebuscaba algo en los bolsillos de su americana.

—Porque fue una gran artista, porque era una mujer enigmática, porque se enamoró perdidamente de Picasso, sufrió calladamente a consecuencia de su ruptura con él. Al parecer, dejó de tener relaciones sexuales a los treinta y ocho años... De tantos amigos que tuvo, se quedó absolutamente sola. Pero después de todo lo que leí sobre ese mundo que la circundaba, también me interesé mucho en usted. Por supuesto en su relación con Picasso, en usted como mundano y escritor, y en Lord como el amante platónico. ¿No es cierto que todos que-

rían ganarse a Picasso por medio de ella? Yo a Dora la conocí brevemente, de pasada... —No quise agregar nada más.

Parpadeó con esa última frase pero percibió mi temblor, eludió referirse a ella y enganchó con la que más lo atrajo:

—Dora renunció a su vida sexual a los treinta y seis años. Pero porque ella quiso. En cuanto a que todos buscáramos la amistad de Picasso... ¿Qué esperabas? Normal, era Picasso. Aunque yo ya gozaba de su amistad gracias a otras personas.

—Ella era ya Dora Maar, cuando se conocieron ella y Picasso ella ya era una gran artista, consagrada y reconocida por los surrealistas.

—Claro, claro, pero apenas nadie se percató de ese detalle.

—¿Detalle el que Dora compartiera su vida? Picasso no habría pintado el *Guernica* sin ella.

—Picasso no habría hecho muchas cosas sin ella. Pero él era Picasso.

La mujer que quedaba frente a mí observó su reloj de pulsera, extrajo el móvil del bolso, marcó unos números. Hizo el intento nuevamente, por sus rasgos ahora suavizados parecía que por fin alguien se dignaba responderle del otro lado, habló escondiendo sus labios en el hueco de la mano que le quedaba libre mientras bajaba la cabeza y rehuía la mirada del resto de los comensales. Al rato, guardó el móvil, encendió otro cigarrillo, levantó levemente los párpados, entornándolos. Ahora sus ojos brillaban aguados, chispeados de tonalidades grises. Lloraba.

—En casi todas las referencias picassianas se subra-

ya que Dora Maar lloraba a raudales, que hacía muecas, que gritaba y se desfiguraba, que se ponía horrible.

—Nunca la vi llorar salvo en los retratos que le hizo Picasso. —Bernard quedó absorto en la luz y la sombra que hacían juegos de encaje en la acera, a través del cristal que nos separaba de la calle.

—No, Dora no era una llorona, por nada del mundo. Y no todos los libros se refieren a ella con esos vanos extremismos, yo diría falsedades, que no sólo pretenden degradarla a ella, sino que además insultan a los que fuimos testigos de aquellos años —sentenció.

Estuve tentada de contarle un poco más de mí, de mi vida en Cuba y de la más reciente, aquí en el exilio. Estuve a punto de asegurarle que yo ya no lloraba, que se me habían secado los lagrimales. Pero a veces sentía una rabia muy interior, que me quemaba por dentro, aunque hacía un gran esfuerzo de concentración espiritual y en seguida me calmaba. La ira ciega desaparecía igual que había llegado. Y que sobre todo me sentía muy sola, profundamente frágil, sin apoyo ninguno de nadie. No lo hice, me callé, como suelo hacer cada vez con mayor frecuencia, callarme, guardarlo todo en el fondo de mí. Luego escribo y me alivio, y parece que consigo olvidar todo lo que me hizo enfurecer. Mis lágrimas las he convertido en palabras escritas. Todo lo que quise llorar lo he vertido en el papel. Todo lo que quise llorar lo he escrito. Abrí la boca, volví a cerrarla, arrepentida.

—¿Ibas a decirme algo? —me tuteó.

—No, Bernard, no es nada importante, sólo es que..., es que, sí, bueno, sí, desde mi perspectiva, tengo enfrente a esa mujer, solitaria. Y ha empezado a llorar, y ahora sus pupilas son grises.

—Ojos del color del tiempo. Dora tenía unos ojos muy hermosos, con ellos apresaba lo inusual, ella veía lo que nadie podía ver. No te preocupes por esa mujer que llora. Ella no es como un retrato de Picasso. Y nada que no sea un retrato de Picasso merece la atención de gente como nosotros.

—Pudo haberlo sido, es muy bella... —titubeé—. No me interesé en Dora Maar porque fue amante de Picasso. Me importó ella aparte de Picasso, porque de ella me llamó la atención su vida y su arte, y, por encima de todo lo demás, su obra como fotógrafa. La aprecié desde que vi una foto hecha por ella, *Retrato de Ubú*, su hondo contenido e inmenso poder surrealista. Un animalito enigmático, con un hocico pelado y pezuñas estrambóticas. Aunque también admiro enormemente los retratos que hizo cuando no se había desligado del todo de Bataille: los exóticos de Assia, Leonor Fini, otra gran surrealista, de origen argentino también (por eso Dora y ella tenían puntos en común), los retratos que imprimió del propio Picasso. Me enamoré de su obra, luego vino la historia de su vida. Y en seguida me intrigaron esos cinco u ocho días en Venecia, ocho contando la trayectoria de regreso, claro. Viaje tan extraño, que nadie conoce los detalles, salvo ustedes dos. En aquella época ella, y eso usted lo sabe mejor que nadie, vivía pendiente de James Lord, por razones más bien amorosas que maternas, diría yo, él vivía más pendiente de Picasso que de ella y tal vez también de usted. ¿Usted de quién dependía sentimentalmente?

—De ambos, viví pendiente de ellos. Más bien viví pendiente de pertenecer al siglo xx. De devenir un símbolo. Para entonces, en aquel viaje, Dora ya se había amansado, se había vuelto más dócil.

—A partir de ahí, del viaje, Dora decidió romper con todo, se encerró en su casa de la rue de Savoie y apenas salía de allí, exclusivamente para asistir a misa. Vio a James escasas veces más, evitaba las visitas inoportunas —carraspeé—. ¿Sabe? Me conmueven mucho las mujeres que se aíslan.

—No es nada nuevo para ti esto que te recordaré si has leído bastante sobre ella, Dora siempre decía: «Después de Picasso, Dios.» —Pidió otro café *bien serré*.

—Lo sé, lo sé, casi lógico. El surrealismo la liberó, y por el contrario, su amor por Picasso la transformó en fugitiva y al mismo tiempo la encarceló en su propia historia, víctima de su pasión ciega, amordazada por su propio vértigo.

Nos levantamos con la intención de irnos.

Allí, a corta distancia, reservada, la mujer se había enjugado las lágrimas con un pañuelito de puntas de encaje cuyas iniciales bordadas en grande eran la *E* y la *M*. Ni siquiera reparó en que nos estábamos despidiendo del dueño del restaurante ni en que, acto seguido, le hicimos un gesto con la cabeza. No dejó de mirar al frente, a propósito, para no comprometer su mirada con la nuestra, enfocada hacia ningún objetivo, quizá como hacia el perdón, nombrándolo sin querer: pesaroso olvido.

En la calle, Bernard me detuvo, aprisionándome suavemente el codo.

—Dora no era tan apasionada, no lo creas. Dora era una artista de una gran inteligencia. El amor la confundió, la ridiculizó... No lloraba exteriormente, lloraba por

dentro, vertía sus lágrimas hacia dentro, se empantana-
ba de ellas.

Bernard avanzó espigado, con pasos apresuradamen-
te juveniles, delante de mí, sólo un breve espacio nos se-
paraba. Lo seguí, estudiando sus gestos, intentaba captar
y memorizar cada detalle de su silueta.

—Subamos a casa, quiero mostrarte el cuadro pin-
tado por Dora, el famoso paisaje abrupto.

El cuadro estaba colgado en una de las paredes de la
cocina. No pude definir si se trataba de un paisaje o de
una fabulosa abstracción surrealista. Los colores, entre
verdes, azules, marrones, negros, formaron una mancha
repulsiva en mi mente, como una estructura en una
quinta dimensión difícil de apresar. Era un cuadro os-
curo, sombrío, y su sobriedad al mismo tiempo que la
repelía me embriagaba. La luz que entraba a través de
la ventana apaciguaba la tristeza que dominaba la es-
cena, en aquella cocina para un hombre solitario.

—¿Por qué has dicho que yo te interesaba? ¿Lo has
dicho antes, no? —subrayó Bernard.

—Porque usted pudo haber escrito esta historia y no
lo hizo —contesté, veloz y volviendo a tratarlo de usted;
se me dificultaba tutearlo.

—Ah, sí, siempre quise ser escritor y no creo que lo sea.

—¿No? ¿Con todo lo que ha escrito no es escritor? Al
menos, en el cine...

—No soy un gran escritor, no hice una gran obra, es
lo que quiero decir. Me refiero a que mi dispersión habi-
tual, bah, no vale la pena, no lo sé... Tampoco soy taaaan
disperso, ni tan traidor de mis propias ideas. Son todas
justificaciones a mi vagancia habitual. —Se deslizó hacia
el salón contiguo atravesando el pasillo.

El discreto sirviente me brindó café o un licor cualquiera, tal vez un coñac, no recuerdo bien qué clase de bebida fue, pero sí lo que respondí a su gentileza. «No puedo, gracias», musité; «debo correr a casa a enviar una crónica al periódico», me dije. «Debo correr a casa a realizar las labores propias de mi sexo», bromeé en voz alta. Bernard sonrió, entendía esas complicaciones, me miró irónico.

—Las mujeres ya no son lo que eran, todo es demasiado evidente.

—Bueno, ya me dirá usted de los hombres.

—Los hombres somos siempre lo mismo, nada ha variado en nosotros, no existen las sorpresas. Somos solamente eso, no más que hombres.

¿Por qué no hay sorpresas? Pues porque todos se han concentrado en cortejar el poder. La mujer pasó a ser para ellos un objetivo secundario en la seducción. Antes que nada, o sea, lo primero que se debe, o se intenta afanosamente, seducir es el poder. No hay que preguntar por qué. La respuesta es sencilla: las mujeres han empezado también a ambicionarlo. Ya obtenerlo.